

—¡Ah, capitán Cortés! Puesto que eres hijo del sol, y esta astro da vuelta al mundo con tanta brevedad, sé diligente como él y acábanos de matar. De este modo iremos á descansar y á reunirnos con el gran Quetzalcoal, que nos está esperando.

En presencia de tantas desventuras, se sentían conmovidos los españoles, y ni la auréola del triunfo bastaba á amortiguar la pena que pesaba sobre su alma.

## CAPITULO CXVI.

### Una mirada retrospectiva.



UESTROS lectores, que conocen ya el carácter y el empuje de los mexicanos; que han tenido ocasion de apreciar la energía, el valor, la decision que en tan alto grado poseia Guatimotzin; que saben los grandes elementos con que contaba para oponerse á una invasion, porque gracias á sus correos y á otros recursos que le proporcionaba el estado de civilizacion en que se hallaba la ciudad imperial, tenia exactas noticias respecto á la situacion en que se hallaban los extranjeros, habrán extrañado, primero, que desease la paz; segundo, que habiendo triunfado entre sus consejeros el partido de los que á toda costa querian declarar la guerra, y estando todos resueltos á defender á México, se hubieran dejado dominar por los españoles, á pesar de las numerosas tribus que podian auxiliarles.

Esto merece explicaciones, y vamos á darlas.

Dios libre á nuestros lectores de que una mujer quiera vengarse de ellos.

Guatimotzin queria la paz, porque gracias á sus emisarios, supo que Inhijambia trabajaba activamente para allegar alianza á los españoles.

Poderoso enemigo es una mujer de bella tez, pálida, de ojos negros y lánguidos, de talle flexible, de cuello delgado, de diminuto pié y afligranada mano, de mórbidas formas, de abultado seno, que emplea todos estos encantos y su talento en vengar

el desprecio con que ha pagado su amor un desdeñoso amante.

Con tales elementos allana todos los obstáculos y hace comprender al objeto de su venganza su imprudente conducta, por haber sido sordo á sus sueños de amor.

Guatimotzin recordaba, en efecto, que al terminar la escena que tuvo con Inhijambia despues de la muerte de Quetlahuaca, le habia jurado ésta pagar su desvío con la destruccion de su imperio.

—Los españoles, exclamaba el emperador, pactarán la paz con todas las tribus que quieran admitirla bajo cualquier condicion. En el momento oportuno dominarán á sus aliados. Cuando estén seguros de que ninguna tentativa pueden hacer contra ellos, caerán sobre México, y mi derrota será segura, no contando con el auxilio de mis provincias tributarias.

Es preciso evitar una lucha desastrosa; es preciso trabajar en favor de la paz, porque nuestra resistencia sólo serviria para que una vez vencidos por los extranjeros, se ensañasen éstos y cometiesen todo género de tropelías.

A decir verdad, no eran sólo las razones de Estado las que le aconsejaban desechar la guerra.

Vivia alejado de su esposa y de su hijo, á quienes amaba entrañablemente, y su separacion le sumia en profunda desesperacion.

Su recuerdo no se apartaba un instante de su mente, y al contemplar las desgracias que sobrevendrian á aquellos seres queridos si perecia en la lucha, agravaba más y más su tristeza.

Para distraer sus penas, se paseaba silencioso durante la noche por los solitarios jardines de su palacio.

Procuraba entregarse á la resolucion de las complicaciones políticas; pero al fijar sus ojos en el cielo le parecia ver en los luceros los ojos de su hijo, en el plateado y melancólico resplandor de la luna la mirada tierna y cariñosa de su esposa Guacalcinla.

Acariciaba entónces mil proyectos para el venturoso instante en que volviera á su lado, y se extasiaba ante tan dulces ensueños, que devolvian la paz á su atribulado corazon.

Pero frecuentemente le sacaban de estas meditaciones las alarmantes noticias que de todas partes del imperio le traian los mensajeros que tenia en movimiento.

Unas veces le decian que los españoles sometian á su obediencia poblaciones importantes de las que se hallaban camino de México.

Otras que engrosaban sus filas tribus importantes.

Añadian, por último, que construian activamente formidables naves; y todo le hacia creer que muy en breve iba á trabarse una lucha sangrienta, horrible, espantosa.

Por estas razones hizo cuanto pudo para preparar la paz, hasta el dia en que, reunidos en consejo todos los altos dignatarios de la corte, la opinion general fué que se rompieran las hostilidades con los invasores.

Habian osado algunos decir que sus tendencias á la conciliacion tenian por origen un principio egoista; que obedecia al recuerdo de su tranquilidad perdida, de sus goces del hogar, á los que sacrificaba el amor á la independenciam de la patria; y queriendo dar un solemne mentís á estos rumores, se consagró con toda su alma á preparar lo necesario para la guerra.

Dotado de un juicio sólido y una consumada prudencia, sabia que Cortés no desistiria de su empeño miétras pudiese contar con un solo soldado, y mucho ménos teniendo ya por aliados muchos caciques.

Su primer cuidado fué poner la capital en estado de defensa.

En tanto que fortificaba la ciudad con todas aquellas obras de que eran capaces sus súbditos, los agentes de Inhijambia recorrian las ciudades, sublevándolas en favor de Hernan Cortés, y asegurándoles que una vez destruido México, cesarian de pagar el ominoso tributo que pesaba sobre ellas.

—¡Ah! se decía la bella india, ultrajada por el desprecio de su amante. Ha despreciado mi cariño, se ha atrevido á clavar en mi corazón un dardo emponzoñado, recordándome la dicha que disfrutaba con el amor de Guacalcinla. Yo haré que la destrucción del imperio amargue sus felices días; yo haré que la guerra le tenga alejado de los seres queridos de su corazón. Que experimente las penalidades que yo sufro, viéndome privada de las caricias del objeto á quien adoro; que se despierte en su corazón el odio que yo siento al ver pasar mis mejores años sola, mística, angustiada, sin tener á quien confiar mis penas, sin hallar con quien compartirlas, sin tener á quien volver los ojos para enjugar mis lágrimas.

Y cuando Inhijambia se entregaba á estos pensamientos, sus hermosos ojos brillaban con resplandor siniestro, acariciando el momento en que pudieran realizarse sus proyectos de venganza.

Las obras de fortificación de la ciudad continuaban en tanto con febril actividad.

Pronto iban á terminarse, y Guatimotzin deseaba ya el instante en que pudiera medir sus armas con los extranjeros.

Por entonces se supo la primera victoria que habían obtenido los españoles, y cuando se disponía Guatimotzin á ponerse al frente de su ejército para combatirlos, se presentó en el palacio un emisario que pedía con urgencia verle.

Venia de parte de Guacalcinla, y su agitación revelaba que era portador de una misión dolorosa.

Al verle el emperador no pudo ménos de estremecerse.

—¿Qué nueva desgracia vienes á anunciarme? le preguntó.

El emisario nada contestó.

Abundantes lágrimas pugnaban por brotar de sus ojos, y la emoción ahogaba la voz en sus labios.

Su silencio aumentaba el temor de Guatimotzin.

—Habla, mi fiel servidor: ¿qué sucede? Acaso Guacalcinla.... Tal vez mi hijo....

—¡Señor, mi señor, gran señor! dijo el criado, haciendo un supremo esfuerzo, pedid valor á los dioses para soportar las penas que os producirán mis palabras! Vuestra esposa os suplica que lo abandonéis todo y corraís á su lado. Vuestro hijo está postrado en el lecho del dolor.

En vano se le han aplicado las yerbas más saludables: su respiración es cada vez más difícil; su mirada, vaga, triste, indecisa, indica que su espíritu se apaga. Sus días están contados, y si quereis verle ántes de que exhale el último aliento, seguidme al punto. Tal vez llegueis á tiempo de impedir otra nueva desgracia, porque el estado de vuestra esposa inspira serios temores á todos.

—Sí, sí, dijo Cuatimotzin, abismado bajo el peso de aquella nueva catástrofe, no hay tiempo que perder.... Vamos, vamos allá.... Yo quiero ver á mi hijo, quiero recibir su postrer aliento.... quiero ver á mi esposa.

Y al decir esto recorría á pasos agigantados la habitación, y en la exaltación de su mirada se veía que su razón empezaba á extraviarse.

Al cabo de algunos minutos de terrible lucha:

—¡Ah! exclamó. ¿Que los dioses no permitan que obedezca los impulsos de mi corazón! ¿Acaso puedo separarme de mis vasallos en la víspera del combate? De ningún modo. No faltarian almas mezquinas que interpretaran mi marcha como un pretexto para esquivar los peligros de la lucha. Habria tambien quien viera en este paso mi deseo de no romper las hostilidades con los extranjeros, y el recuerdo de que yo opinaba de este modo en el consejo que tuvo lugar hace poco, les haria suponer que proyectaba que prevalecieran mis ideas, y es posible que se atreviera alguno hasta á calumniarme, suponiéndome en inteligencia con Hernan Cortés.

Prefiero la muerte ántes de que tal crean. Mi resolución es irrevocable; no partiré.

Pero al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, el recuerdo de su moribundo hijo absorbía todo su pensamiento.

—¿Y qué me importa, añadió de pronto, el juicio que de mí puedan formar mis vasallos? ¿No he demostrado en cien combates que no me arredran los peligros? ¿No saben que he hecho los mayores sacrificios por mi patria? ¿Qué me queda en el mundo, si pierdo al hijo de mi corazón, si su madre sucumbe ante el peso de esta desgracia?

Y como si temiera variar de resolución, salió precipitadamente de la estancia, y fué á buscar á uno de los más esforzados guerreros del imperio, en el que tenía gran confianza.

Después de explicarle los motivos que tenía para dirigirse á Tacuba, despojándose de las insignias reales y entregándoselas á su amigo:

—Ponte al frente del ejército, le dijo. Los dioses no permiten que muera defendiendo la independencia de mi patria. Pero tú me reemplazarás dignamente; conozco tu valor, y sé que sucumbirás y todos los que te acompañen, ántes que doblegarte al yugo extranjero. Sean las plumas del casco que te entrego la enseña que sigan los valientes; que las vean chamuscadas por el fuego del enemigo, pero nunca holladas por sus infames plantas.

Y un momento después, sin más compañía que el fiel servidor que había enviado Guacalcinla, abandonó la ciudad de México y se dirigió cautelosamente á Tacuba.

Su guía le encaminó por unos senderos que conocía que acortaban poderosamente la distancia que mediaba entre la ciudad imperial y la en que se hallaba Guacalcinla y su hijo.

Continuaban silenciosos por aquellos atajos, y Guatimotzin, preocupado por los tristes pensamientos que ocupaban su mente no se apercibió de que subidos en unos árboles había ocho indios que acechaban el momento de que se aproximase para caer sobre él.

En efecto; un momento después de pasar junto á ellos bajaron éstos de su escondrijo, y sujetándole todos á un tiempo:

—Dáte preso ó mueres, le dijeron; vas á ser conducido á presencia del tlatoani de los españoles.

—¡Miserables! exclamó Guatimotzin fuera de sí, haciendo supremos esfuerzos para desasirse de ellos; matadme si quereis; pero no echeis ese borron sobre mi honra.

Pero sus opresores, sin contestar una palabra, le amarraron fuertemente y le condujeron casi arrastrando hasta una cueva, cuya entrada cerraron con una enorme piedra.

Aquellos indios eran aliados de Cortés, y recorrían las inmediaciones para saber la actitud de los mexicanos.

Cuando se llevaron prisionero al monarca, les siguió á respetuosa distancia otro indio.

Era aquel un mexicano, que al saber iban á romperse las hostilidades con los extranjeros, había huido, porque era muy cobarde, á refugiarse en el bosque.

Reconoció al emperador á las primeras palabras que pronunció, y considerándose impotente para salvarle en aquellos momentos, creyó, sin embargo, que averiguando dónde le conducían, y corriendo á México á llevar la noticia, podría librarle de su cautiverio, y entonces le perdonarían su deserción en gracia del servicio que prestaba.

Apénas vió internarse en la cueva á Guatimotzin, corrió á realizar sus propósitos haciendo señales en los árboles que rodeaban la prision para reconocer el sitio con más facilidad.

Desgraciadamente, no pudo llevar á cabo su propósito.

Llegó en ocasión en que los españoles ocupaban ya la ciudad de México, y cayó en poder de los espías que tenían distribuidos en todas las avenidas.

¿Cuál fué la muerte de Guatimotzin?

¿Qué resoluciones tomó el caudillo vencedor?

¿Qué había sido de Marina?

Las respuestas que exigen estas preguntas, y la narracion de otros sucesos mucho más importantes que completan la accidentada vida de Hernan Cortés, las hallarán nuestros lectores en el siguiente tomo.

FIN DEL TOMO TERCERO.

## NOTAS DEL TOMO TERCERO.

(A) *Joloxochitl* significa *flor del corazon*, ó segun otros, *flor del amor*. Es la más fragante de cuantas flores indígenas mencionamos aquí. El arbusto que la produce es alto, las hojas ásperas, la flor blanca con el centro nacarado: cerrada, figura una estrella, y abierta, un corazon.

(B) *Flor del tigre*; llámase así por la semejanza que tienen sus colores con la piel de la expresada fiera.

(C) Fué Moctezuma príncipe de raras dotes naturales, de agradable y majestuosa presencia, de claro y perspicaz entendimiento, falto de cultura, pero inclinado á la sustancia de las cosas.

Su valor le hizo el mejor entre los suyos ántes de llegar á la corona, y despues le dió entre los extraños la opinion más venerable de los reyes.

Tenia el genio y la inclinacion militar, entendia las artes de la guerra, y cuando llegaba el caso de tomar las armas, era el ejército su corte.

Ganó por su persona y direccion nueve batallas campales; conquistó diferentes provincias y dilató los límites de su imperio, dejando los resplandores del sόlio por los aplausos de la campaña, y teniendo por mejor cetro el que se forma del baston.

Fué naturalmente dadivoso y liberal.

Hacia grandes mercedes sin género de ostentacion, tratando las dádivas como deudas, y poniendo la magnificencia entre los oficios de la majestad.

Amaba la justicia y celaba su administracion en los ministros con rígida severidad.